

El
Marido de la
Mujer de S. Blas.

EL MARIDO DE LA MUJER DE D. BLAS,

VODEVIL EN DOS ACTOS.

LETRA DE

D. MANUEL GARCIA GONZALEZ

Y

D. ANTONIO ALVERÁ Y DELGRÁS.

MÚSICA DE

D. HIPOLITO GONDOIS.

Representada con aplauso en el Teatro del Instituto
la noche del 29 de Noviembre de 1852.



N.º 197.

MADRID.

IMPRESA A CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1852.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominación, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

ANITA, <i>sobrina de D. Blas</i> (18 años)	DOÑA CÁNDIDA BALDÓ.
JUANA, <i>criada</i> (20 años).	DOÑA CÁRMEN MUR.
DON BLAS, <i>candidato para</i> <i>concejal</i> (50 años). .	DON JOSÉ ALVERÁ.
DON PEDRO, <i>médico ho-</i> <i>meópata</i> (30 años) . . .	DON MANUEL JIMENEZ.
DON JUDAS, <i>elector influ-</i> <i>yente</i> (50 años)	DON M. SORZANO.

La accion pasa en una fonda en Guadalajara.—Año 1852.

ACTO PRIMERO.

Entrada principal en el fondo. Puerta á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON BLAS.—DON JUDAS.

(Entran por la puerta del ángulo de la izquierda. Don Judas con el sombrero puesto.)

JUDAS. Sí, amigo don Blas, todo lo tengo preparado: usted saldrá elegido concejal de esta muy noble ciudad de Guadalajara, ó perderé el nombre que tengo.

BLAS. Bien, amigo mio, bien: ya sabe usted que todos mis deseos se cifran únicamente en contribuir por mi parte á hacer la felicidad del pueblo en que he nacido. Sí, don Judas, crea usted que será muy grato para mí, antiguo mercader de taponés, retirado del comercio, obtener la confianza de mis conciudadanos, y poder decir algun dia: yo habia olvidado á Guadalajara, pero Guadalajara no me habia olvidado á mí. *(Variando de tono.)* Quítese usted el sombrero. Ya sabe usted lo que le he prometido.

JUDAS. Sí; la plaza de inspector de faroles. Pues mire usted, señor don Blas; no porque yo lo diga,

pero lo he ganado bien. En los ocho dias que hace que ha llegado usted de Madrid, he trabajado en su favor lo que no es decible; he revuelto toda la ciudad á fin de conciliar y reunir los sufragios de los vecinos mas influyentes.

CANTO.

A los electores vi,
y con ellos discuti
y á fuerza de pátrio amor
y de botellas sin cuento,
me hicieron el juramento
de nombrarle regidor.
Sí, regidor, regidor, regidor.

Oh! usted no sabe lo que me ha sido preciso beber, y el dinero que he tenido que derramar (en mi bolsillo) para esclarecer la opinion pública: todavía estoy ronco de tanto perorar. (*Pónese el sombrero.*) Pero lo principal está hecho. Tenemos por nuestras las dos fracciones preponderantes del comité electoral: los vinateros y los tejedores.

- BLAS. Bravo!
- JUDAS. No hay mas que una pequeña dificultad.
- BLAS. Cuál?
- JUDAS. Todos dicen que usted vive separado de su mujer!
- BLAS. (Es verdad! Una espantosa criatura que tuve que devolvérsela á su madre.)—Es falso!... Protesto contra esa inexactitud.
- JUDAS. Los electores dicen que eso es immoral... el pueblo murmura...
- BLAS. Yo! Separado de mi mujer! Un ángel á quien espero hoy mismo!
- JUDAS. Sí? Pues me alegro.
- BLAS. Don Judas, vaya usted ahora mismo, y anuncie usted á todos los electores que hoy á las dos de la tarde tendré el gusto de pasearme por la plaza de Guadalajara, llevando del brazo á mi querida esposa, la señora doña Agapita Quinceces de Toro y Malayerba.

- JUDAS. Y no pudiera usted llevar consigo tambien algunos chicos?
- BLAS. Para qué?
- JUDAS. Es que su contrincante de usted, don Pantaleon, tiene dos hijos, y eso vale mucho.
- BLAS. (Ay! el cielo melos ha rehusado siempre!) Bien, bien, diga usted que tengo tres... en el colegio politécnico... calle de Hortaleza... Juan, Andrés y Meliton.
- JUDAS. Si los hiciese usted venir...
- BLAS. Imposible, son internos. Conque vaya usted, don Judas, vaya usted, y diga á los electores que pasaré á verlos... y... quítese usted el sombrero.

CANTO.

- Si quieren saber los críticos
mis resultados políticos,
con orgullo dirá usted:
Meliton y Juan y Andrés.
- JUDAS. Meliton y Juan y Andrés.
- BLAS. Añada usted con afan
Andrés, Meliton y Juan.
- JUDAS. Andrés, Meliton y Juan.
- BLAS. Y en fin, para que me voten
todos á unanimidad,
y ni tan solo un momento
duden de mi probidad,
añada usted en conclusion
- LOS DOS. Juan, Andrés y Meliton.
(*Don Judas se pone el sombrero, y vase.*)

ESCENA II.

DON BLAS.—*Despues JUANA.*

- BLAS. Pero, señor, qué tienen que ver los electores con que yo sea casado ó no? Qué les importa á ellos? Les he prometido rebajar las contribuciones; les he ofrecido un puente colgante, y no contentos con esto, quieren todavía mi mujer...

Ay! yo se la daría de buena gana; pero por mas cartas que la escribo, no me contesta á ninguna. Y hace bien. Por lo mismo me he visto precisado á usar de una estratagema con esos estúpidos electores, y...

JUANA. Señor, aquí está una jóven que pregunta por usted.

BLAS. Que entre.

JUANA. Por aquí, señorita. (*Váse.*)

BLAS. (*Aparte.*) Ella es!

ESCENA III.

DON BLAS.—ANITA.

(*Anita entra con un saco de noche, que pondrá encima de la mesa de la izquierda, y va á abrazar á don Blas.*)

ANITA. Buenos dias, tio!

BLAS. (*Misteriosamente.*) Pst! Calla! No te vayan á oír! No me llames tio.

ANITA. Por qué?

BLAS. Lo sabrás. Dime, quién te ha acompañado desde Madrid?

ANITA. Una señora anciana que ha venido á ver á sus parientes.

BLAS. Está bien. Ya sabes que te he mandado llamar para que me hagas un inmenso servicio.

ANITA. Un servicio?... Ay! si usted supiera el que me acaban de hacer!... Todavía estoy temblando!

BLAS. Bien, bien: luego...

ANITA. Ha de saber usted que un caballero que venia en el cupé de la diligencia...

BLAS. Te digo que luego me lo contarás.

ANITA. Eso sí, muy amable, muy distinguido... A no ser por él, me quedo muerta en el camino.

BLAS. Qué dices, muchacha?

ANITA. Sí señor; ese caballero me ha salvado la vida.

BLAS. Pero quién?

ANITA. Uuo de los viajeros.

BLAS. Hola!... Conque ha sido un viajero?... Bien,

luego iremos á darle las gracias; hija mia, ya sabes cuánto te quiero; eres mi única heredera, y pienso casarte...

ANITA. (*Vivamente.*) Pero pronto... muy pronto, tío?

BLAS. Pts!... No me llames tío!... Pues como te digo, pienso darte un buen dote; además, eres mi única heredera...

ANITA. Y mi tía?

BLAS. No me hables de ella: la detesto. Pero á todos estos beneficios pongo una condicion.

ANITA.Cuál?

BLAS. (*Con mucho misterio.*) Tú tienes tres hijos.

ANITA. (*Retrocediendo.*) Jesús! Qué dice usted?

BLAS. Tres hijos que son míos, y que están de internos en el colegio politécnico... Juan, Andrés y Meliton.

ANITA. (*Riéndose.*) Pero tío...

BLAS. Calla, desgraciada! No me llames tío!... Aquí eres mi mujer!

ANITA. Su mujer de usted!

BLAS. Sí, te he hecho venir para que ocupes el lugar de tu tía. Te llamas Agapita Quincoces de Toro y Malayerba.

ANITA. (*Llorando.*) Pero, señor...

BLAS. No llores! no crean que te maltrato!... O si no, sí, llora, llora; con eso se convencerán de que efectivamente somos marido y mujer.

ANITA. Pero, con qué objeto?

BLAS. Cállate! es un secreto!... Altas consideraciones políticas... que á tí no te importan. Sobre todo te recomiendo la discrecion, el silencio! No lo digas á nadie!... lo oyes? á nadie!

ANITA. Está bien, tío.

BLAS. (*Azorado.*) Chist! no me llames tío. Llámame Blas... tu Blasito. Vamos, ensáyate.

ANITA. Sí... mi Blasito.

BLAS. Así, así, hija mia. Te voy á regalar un chal. Otra vez, otra vez.

ANITA. Sí, Blasito mio!

BLAS. Bendito sea tu pico! Te voy á regalar un chal.

ANITA. (*Ya son dos.*)

BLAS. Conque, no te se olvidará? eh?

ANITA. No, Blasito mio.

- BLAS. Magnífico! soberbio! Ya verás el chal que te regalo.
ANITA. (Y van tres!)

CANTO.

Dónde están mis compañeritas;
vengan pronto á ver mi chal...
Ay qué gusto, qué gusto que tengo
cuando pienso que van á rabiarse.
Ya por la plaza
me contoneo...
ay! me mareo,
venga mi chal.
De pura envidia
Juana y Antona
Pepa y Simona
se morirán.

ESCENA IV.

Dichos.—JUANA.

- JUANA. Señorita, ya está lista la habitacion de usted.
BLAS. Cómo señorita! Esta señora es mi mujer. La señora doña Agapita Quincoces de Toro y Malayerba.
JUANA. Su mujer! (Ya! por eso estaban disputando.)
Entonces con una habitacion basta.
ANITA. Qué?
BLAS. No, no. Necesitamos dos; yo ronco muy fuerte.
JUANA. Ah! ya!... Pues pondremos á esta señora en el cuarto número 4 que está junto al de usted.
(*Señala la puerta izquierda del primer término.*)
BLAS. Muy bien.
JUANA. (No hay duda, es un matrimonio!)
BLAS. (*A Anita.*) Conque vamos, gacela mia, vete á vestir mientras yo voy á repasar mi profesion de fe, porque es preciso que vaya en toda regla. Dentro de un cuarto de hora vendré por tí para que vayamos á dar un paseo; te enseñaré.

los mas preciosos monumentos de Guadalajara,
(y haré que la vean los electores.)

CANTO.

BLAS. Por la plaza al lado mio
con orgullo pasearás,
y jamás me llames tío,
sino esposo, amado Blas.

ANITA. Por la plaza, amado tío,
con orgullo pasearé
y al mirarle al lado mio
por su esposa pasaré.

LOS DOS Á UN TIEMPO.

BLAS.

Tu Blasito,
fiel esposo
cariñoso
yo seré.
Y ademas
enamorado
dueño amado
te diré.

ANITA.

Y usted, Ana,
fiel esposa,
cariñosa,
me dirá.
Y por premio
luego esposo
cariñoso
me dará.

ESCENA V.

JUANA.—*Despues* DON PEDRO.

JUANA. Vaya un matrimonio! Tan pronto rabian como cantan.

PEDRO. *(Sale con una balija en una mano y en la otra un manguito de piel, un paraguas y una capa debajo del brazo. A Juana con mucho misterio.)*
Chist!... Chist!... Muchacha!

JUANA. Un viajero!... Qué quiere usted, señor?

PEDRO. Teugo las manos ocupadas. Hazme el favor de sacar dos reales del bolsillo izquierdo de mi chaleco.

JUANA. *(Lo hace.)* Ya están.

- PEDRO. Muy bien. Han venido aquí dos señoras, una de ellas de bastante edad?..
- JUANA. Si señor.
- PEDRO. Oh dicha!... Oh fortuna!... Mira, hazme el favor de sacar una peseta del bolsillo derecho de mi chaleco.
- JUANA. Aquí está. Son seis reales!...
- PEDRO. Muy bien. Dime: y dónde están esas señoras?
- JUANA. Si pregunta usted por la de mas edad...
- PEDRO. No, la otra, la otra.
- JUANA. Está en su cuarto vistiéndose.
- PEDRO. Oh placer! Voy á verla por el ojo de la llave.
- JUANA. (*Interponiéndose.*) Por supuesto!
- PEDRO. No quieres?... No me lo permites?
- JUANA. No señor.
- PEDRO. Entonces... hazme el favor de meter los seis reales en cualquiera de los bolsillos de mi chaleco...
- JUANA. (*Dándoselos.*) Ya los tiene usted.
- PEDRO. Ahora prepárame habitacion y cama.
- JUANA. Voy al momento.
- PEDRO. (*Poniendo encima de la mesa los objetos que ha sacado.*) Tráeme además una taza de leche.
- JUANA. Ahora mismo. (*Aparte.*) (Vaya un hombre original!...)

ESCENA VI.

DON PEDRO solo, *andando con agitacion.*

Héme aquí por fin otra vez frente á frente de mi destino! Héme aquí enamorado á pesar de todas mis precauciones. Yo, don Pedro Aguate y Bolitas, facultativo homeópata, reconocido en todo el orbe por las maravillosas curas que hubiera podido hacer, si no hubiesen fallecido casi todos mis enfermos! Yo, que harto ya de correrías, escribo á mi tío don Pantaleon, diciéndole: »Querido tío: quiero casarme. Búsqüeme usted una mujer en Guadala-jara.» A lo cual me contesta: »Amado sobrino: soy uno de los candidatos para las próximas

elecciones de concejal de este ayuntamiento. En cuanto á lo que me dices de casarte, ponte inmediatamente en camino: y si me ayudas á ser elegido, te casarás con mi hija.” Saco el pasaporte, tomo el billete de la diligencia y subo al cupé. Allí, allí era donde mi destino me esperaba!... me siento entre dos mujeres... la una vieja y fea; pero la otra... ay! la otra era un modelo de belleza y de candor. En Torrejon nos invita el mayoral á que bajemos, para pasar á pié una de las cuestas: bajo y ayudo á las señoras. De pronto vemos venir hácia nosotros un animal cuadrúpedo.—Cielos! un toro!... un toro de Jarama! grita mi encantadora viajera.—Pero no, era un buey!... un buey que sin intenciones hostiles pasa por nuestro lado sin decirnos una palabra. Vuélvome para socorrer á mi compañera, y se habia desmayado. No pudiendo reanimarla con sales de ninguna especie, la doy un estrecho abrazo... y vuelve en sí... Me llama su salvador, su torero, etc., etc.; en fin, el resto del viaje lo pasó dándome gracias á cada momento, acompañadas de ojeadas, de suspiros, de flechazos, y... me enamoré. Desde aquel instante no volví á pensar mas en mi prima. Renuncio á ella; pero la voz de la naturaleza me manda dar mi voto á mi tío don Pautaleon, y se lo daré.

ESCENA VII.

Don PEDRO.—ANITA, *que ha mudado de traje.*

ANITA. (*Sin verlo.*) Ea, ya estoy lista!

PELRO. (Ella es!..) Señorita, permítame usted... (*Va á la mesa y coge el manguito.*)

ANITA. (Calla! el caballero del cupé!)

PEDRO. Le devuelvo á usted este abrigo que se habia dejado en el carruaje. Bien hubiera querido conservarlo como una prenda preciosa; pero no me he atrevido...

- ANITA. Caballero!... es usted muy bondadoso, y le doy mil gracias.
- PEDRO. Crea usted que no podré olvidar en mucho tiempo, mejor dicho, en toda la vida, ese viaje tan delicioso, esa voz tan dulce, y esos ojos capaces de inflamar el corazón mas incandescente.
- ANITA. Ni yo tampoco olvidaré que me ha salvado usted la vida...
- PEDRO. (Lo dice por el buey!)
- ANITA. Esponiendo la suya por mi causa.
- PEDRO. (No lo digo?... el buey.) No hablemos de eso, se lo suplico á usted. (*Se queda un momento pensativo y despues dice rápidamente.*) Señorita, yo la amo á usted.
- ANITA. (*Ruborizándose.*) Caballero!...
- PEDRO. Usted no lo sabia?
- ANITA. En efecto... yo habia creido notar... ademas el desinterés de usted, su abnegacion, su valor...
- PEDRO. (Continúa el buey.) Ya le he dicho á usted que no hablemos de eso. Señorita!... Mis intenciones son puras.—Quiere usted casarse conmigo?
- ANITA. Caballero... yo no me pertenezco... Es cierto que si yo consultase solo á mi corazón.
- PEDRO. Oh placer!... oh dicha!... oh fortuna!... Vamos á ver, usted debe tener algun pariente á quien reclamar posesion tan interesante?
- ANITA. Pero caballero... usted vá demasiado lejos: yo apenas le conozco, y...
- PEDRO. Ah! es muy justo, señorita: yo me llamo don Pedro Aguate y Bolitas; soy facultativo, y sigo la escuela de mi admirable y sublime maestro el doctor Hámman; lo cual quiere decir que soy homeópata hasta la médula de los huesos: tengo un tío en esta ciudad, y vengo á darle mi voto en las elecciones.
- ANITA. Pero... caballero...
- PEDRO. En cuanto á mis sentimientos...

ESCENA VIII.

Dichos.—DON BLAS, con un rollo de papeles en la mano.

BLAS. Estás aviada, hija mia?

ANITA. (Mi tío!... ya no me acordaba!)

PEDRO. (Este debe ser el padre: voy á pedirle ahora mismo la mano de su hija.) (*Se pone los guantes.*)

BLAS. (*Bajo á Anita.*) (Quién es ese caballero?)

ANITA. (*Turbada.*) Es... es... un elector influyente.

BLAS. (*Pónese los guantes.*) (Ah! magnífico!... Voy á á leerle mi profesion de fé, á ver qué efecto le produce.)

ANITA. Qué van á hacer?... (*Don Blas y don Pedro acaban de ponerse los guantes: van el uno hácia el otro, se saludan y dicen á un mismo tiempo.*)

PEDRO. Caballero... yo!...

BLAS. Caballero... permítame usted.

PEDRO. Hable usted.

BLAS. (*Mirando sus papeles de cuando en cuando.*) Yo soy un hombre honrado, sencillo, de patriarcales costumbres, y apasionado ardientemente por la ciudad de Guadalajara.

PEDRO. (Y qué tengo yo que ver...)

BLAS. (*Declamando con énfasis.*) Oh! no!... No es la ambicion la que me guia. Dichoso allado de una mujer querida... orgulloso con los progresos que mis tres hijos, Juan, Andrés y Meliton, hacen en el colegio politénico... (*Mas alto.*) Seria completa mi felicidad si pudiese sentarme un dia en los bancos del ayuntamiento.

PEDRO. (Ah!... es el contrincante de mi tío!)

BLAS. Caballero!... no pretendo ejercer sobre usted ninguna influencia, pero mi deber es decirle la verdad.

CANTO.

BLAS. Soy un hombre
poderoso,
bondadoso,
muy moral.
Y os ofrezco
cuanto valgo
si yo salgo
concejal.

PEDRO. Eres turco,
no te creo
aunque digas
cuanto quieras
que no son
mas que quimeras
y todo pura ficcion.

BLAS. Verdad, verdad!

PEDRO. Ficción! ficción!

BLAS. Verdad, verdad!

PEDRO. Ficción! ficción!

BLAS. Ya la sabe usted... y...

PEDRO. Ciertamente... caballero... yo... la verdad... toda la verdad. (*Don Blas vá á la chimenea, y pone sobre ella los papeles que traia.*) (A fé mia, tanto peor para mi tío don Pantalcon: á nadie daré mi voto sino á mi suegro, la voz de la naturaleza me lo manda.) Caballero, cuente usted con mi voto.

BLAS. (*Dándole la mano.*) Gracias, caballero. Vivimos en un siglo en que las gentes honradas deben hacer alianza.

PEDRO. Justamente. Por eso, no sin una especie de temor, vengo...

BLAS. (*Interrumpiéndole.*) Perdone usted; pero á las dos en punto he prometido estar en la plaza, y voy... Ven, hija mia. Tengo el gusto de presentar á usted á mi querida esposa.... (*Presentándola.*)

PEDRO. (*Anonadado.*) Su mujer!

- BLAS. La señora doña Agapita Quincoces de Toro y Mala-yerba.
ANITA. (*Bajo.*) Pero tío!...
BLAS. (*Idem.*) Llámame tu Blasito!
PEDRO. Su mujer!...

ESCENA VIII.

DON PEDRO.

Su mujer!... Conque es casada! Y con tres hijos!... Pero, si mal no recuerdo, ella me daba esperanzas!... Se burlaba de mí!... Oh!... no hay duda!... (*Con desden.*) Y su... marido... ha tenido el atrevimiento de pedirme mi voto!... No, mi voto pertenece á mi tío don Pantaleon, él será mi suegro; la voz de la naturaleza me lo manda. Y yo, que escuchaba su sermón con tanta cachaza!... ahora mismo voy á intrigar contra él.

ESCENA IX.

DON PEDRO.—DON JUDAS, *que entra y saluda.*

- JUDAS. Es el señor don Pedro Aguate á quien tengo el honor de hablar?
PEDRO. Si señor. (Quién será este?)
JUDAS. Caballero, yo soy elector; usted también lo es, y entre los electores debe reinar ante todo la unanimidad y la franqueza.
PEDRO. (Oh! qué ocasión!..) Ha elegido usted ya?...
JUDAS. Todavía no.
PEDRO. Ni yo tampoco. Se habla mucho, según dicen, de un tal don Pantaleon?...
JUDAS. Le conoce usted?
PEDRO. (Ya lo creo.) No señor.
JUDAS. Ah! Pues no ofrece garantías; es un candidato vergonzante.—De quien se habla como de un excelente sujeto, es de un tal don Blas Tragaplatos...
PEDRO. No le conozco.

- JUDAS. Ni yo tampoco. Pero ha prometido hacer un puente colgante, rebajar las contribuciones, y hacer otros muchos beneficios á la ciudad.
- PEDRO. Todo eso se quedará en promesas. Pero en fin, desde luego le doy mi voto á ese don Blas, si acepta una condicion.
- JUDAS. (*Con entusiasmo.*) El las acepta todas.
- PEDRO. Pues bien, yo le doy mi voto, si él me da palabra de morirse en el término de veinte y cuatro horas.
- JUDAS. Qué dice usted!!... (*Este hombre está loco!*)
- PEDRO. Que ha de morirse dentro de veinte y cuatro horas.
- JUDAS. Ya, ya lo he oido.
- PEDRO. (*Así podré casarme con su mujer.*) Y bien?
- JUDAS. Caballero, yo no estoy suficientemente autorizado... pero... le hablaré... (*Lo dicho, está loco!*)
- PEDRO. Se lo agradeceré á usted infinito.

ESCENA X.

DON PEDRO.—DON JUDAS.—ANITA.

- ANITA. Señor don Judas?
- PEDRO. (*Ah! ella es!...*)
- ANITA. (*A don Judas.*) Don Blas espera á usted... en la junta preparatoria... Va á pronunciar un discurso, y necesita que esté usted allí para... no sé para qué.
- JUDAS. (*Haciendo ademan de aplaudir.*) Ya!... ya sé para qué. Señores, hasta luego.

ESCENA XI.

ANITA.—DON PEDRO.

- ANITA. (*Dios mio! sola con él!... Y me cree casada con el tragon de mi padrino... y no puedo desengañarle...*)
- PEDRO. (*Dios mio!... tres cachorros! en el colegio piro-técnico...*)

ANITA. (*Después de una pausa.*) Nada me dice! Ya se vé... estará enfadado... Veamos. (*Tose.*) Ehum! Ehum!...

PEDRO. Tose, tose... ni por esas... Si yo quisiera te quitaria la tos en la diezmilésima parte de un minuto... con la cienmillonésima parte de un grano de acónito; pero no, tose, rebienta, que es la tos del remordimiento. (*Poco á poco se vá volviendo, y al verla esclama con pasion.*) Anita Anita!... esposa de Eliogábalo... esposa de un antropófago!... Ah!...

ANITA. (*Asustada.*) Me dá usted miedo!

PEDRO. Ay! por qué me ha engañado usted?... (*Conmovido.*) Anita, por qué me ha hecho desgraciado! Si usted era casada, si usted pertenecia á otro, por qué no me presentó usted á su marido y me dijo: don Pedro, yo padezco... he aquí mi enfermedad.

ANITA. (*Conmovida.*) Don Pedro!... no es culpa mia... Si usted supiese... Si pudiera adivinar...

PEDRO. (*Con ansiedad.*) El qué?

ANITA. Nada!... antes de mucho... ahora no puedo decir...

PEDRO. Ah! señora Tragaplatos.

ANITA. Yo no me llamo así... Me llamo Anita.

PEDRO. Eh! Y yo!... yo que habia renunciado por usted á un casamiento brillante... á la gloria!

ANITA. A la gloria!...

PEDRO. Sí, señora. A la gloria! porque hubiera sido una gloria para mí casarme con la hija del doctor Corta-dosis. Un hombre que ha curado las tercianas á todos los guardas del canal, sin mas que echar un glóbulo de quina en las aguas del embarcadero!!! Voy, voy á reconciliarme con ella y á casarme en seguida. (*Va á salir.*)

ANITA. (*Deteniéndole.*) Espere usted, amigo mio!... espere usted!... Yo no puedo... no debo consentir que usted se case con la señorita Corta-dosis.

PEDRO. Cómo... no quiere usted que me case?... Quiere usted condenarme al celibato perpétuo?... sabe usted la responsabilidad que contrae?

ANITA. (*Turbada.*) Yo... no quiero que usted se case... con otra... no.

- PEDRO. Cómo! usted no quiere que sea con otra!... Pues entónces... qué haremos?... Porque yo necesito amar. (*Movimiento de Anita.*) Si señora, yo necesito amar... á alguna... qué he de hacer?..
- ANITA. Seguir...
- PEDRO. Amando á usted?
- ANITA. Amarme... no creo que le será á usted difícil...
- PEDRO. No señora, no... Creo que no será difícil... (Dios mio, si no permanezco firme, creo que me voy á incluiar hácia lo ilícito... Voy á incurrir en el artículo no sé cuantos del Código penal.)
- ANITA. Qué dice usted!
- PEDRO. Que yo no debo amar á usted, porque el presidio-modelo está ahora en Alcalá.
- ANITA. Pero...
- PEDRO. Nada... nada. No puedo amar á usted.
- ANITA. Sí señor, sí puede usted.
- PEDRO. Pero, señora... y... y... el otro!
- ANITA. (*Vivamente.*) Quién?
- PEDRO. El otro!... Eliogábalo... *él*.... la criatura que nosotros y ellas conocemos siempre con el nombre de *él*.
- ANITA. No entiendo á usted.
- PEDRO. Él; el marido... su marido de usted.
- ANITA. (*Con mucha candidez.*) No le hace.
- PEDRO. (*Asustado.*) Cómo que no le hace!!
- ANITA. No será un obstáculo!!
- PEDRO. Cómo!... será tan bondadoso...
- ANITA. Digo que no será un obstáculo... al menos por mucho tiempo.
- PEDRO. Ah!... conque usted espera...
- ANITA. (*Bajo.*) Sí, dentro de poco...
- PEDRO. (*Idem.*) Qué?
- ANITA. Chist!... Chist!... —Es un secreto!
- PEDRO. (*Mirando á todas partes.*) Un secreto! (Diablo!)
- ANITA. De un momento á otro pueden cambiar las cosas...
- PEDRO. (*Mirándola fijamente.*) Ya... ya comprendo... el divorcio... pero es muy difícil... (*Bajo.*) el divorcio!...
- ANITA. Qué habla usted de divorcio!
- PEDRO. Pues, entonces... no sé... Ah! ya entiendo... está ético?

- ANITA. Ético don Blas! con aquel barrigon... y aquellas ganas de comer...
- PEDRO. Pues no sé.
- ANITA. No pido á usted sino que tenga un poco de paciencia... por pocos días... por pocas horas... y quizás, amigo mio... paciencia!... y quién sabe lo que puede suceder!
- PEDRO. Pero dígame usted...
- ANITA. Paciencia; bastante he dicho: lo demás debe adivinarlo. (*Vá á salir.*)
- PEDRO. Escuche usted, Anita...
- ANITA. Lo demás... debe usted adivinarlo. (*Muy marcado, y vase.*)

ESCENA XII.

DON PEDRO.

Adivinarlo!... adivinarlo!... El qué, vamos á ver?... (*Pausa.*) Ah!... (*Dándose en la frente.*) Oh!... querrá ayudar á la tisis. (*Horrorizado.*) Querrá que yo me encargue de su marido... No, no... el presidio-modelo está en Alcalá... Lucrecia Borgia!... María del Castillo... Madame Lafars! (*Dramáticamente y como apartando una idea.*) No, no!... Pero, señor, será capaz... no... (*Reflexionando.*) Sí... que como dijo Séneca: la mujer es!... no me acuerdo... pero como dice el refran, cuando no me acuerdo no debe ser cosa buena... Cómo querrá deshacerse de su marido?... los disgustos... las caricias... los fósforos... los médicos... qué medios habrá pensado?... Si querrá que yo le asista? No, no debo ser cómplice... de... pobre hombre! Estoy por decírselo todo, y en agradecimiento tal vez me permitiría... Nada... nada... me voy... me alejo para siempre... (*Va á salir.*)

ESCENA XIII.

DON PEDRO.—JUANA. — *Despues* ANITA.

JUANA. (*Entrando con una taza de leche.*) Aquí tiene usted la taza de leche que me ha pedido. (*La deja sobre la mesa.*)

PEDRO. Déjala ahí.

JUANA. En cuanto al cuarto...

PEDRO. Es inútil, me voy.

ANITA. (*Saliendo.*) Cómo! Se vá usted?

PEDRO. Sí, me voy... no puedo estar aquí mas tiempo: voy á ver si hay un caballo de alquiler en la cuadra para que lo dispongan; pero antes de marchar subiré á pagarte la cuenta: deja ahí la leche, y la tomaré antes de emprender mi camino. Adios, señora, adios.

ANITA. Conque por fin se vá usted?

PEDRO. Sí.

CANTO.

A Madrid voy corriendo,
no sé si llegaré,
porque de amor yo creo
que pronto moriré.

ANITA. Se marcha usted volando
y enamorado vá!
Entonces no hay cuidado,
muy pronto volverá.

Duo.

ANITA.

PEDRO.

A Madrid va corriendo.

Y enamorado vá.

Muy pronto volverá.

Si volverá.

A Madrid voy corriendo.

Ay que de amor me muero!

No volveré.

Voy á la cuadra.

ANITA. Él volverá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, *limpiando*.—ANITA, *ayudándole*.

CANTO.

El amor de los hombres
es humo todo;
y es el de las mujeres
pasion al oro.
 Que si se mira
 en ellos y en nosotras
 todo es mentira.
Dicen los hombres *ache* ,
nosotras *erre*,
las mujeres engañan
 los hombres mienten.
 Y esto lo dijo
 uno que estaba arando
 en un cortijo.

ANITA. Ea, ya hemos concluido. Pero señora, usted es muy hacendosa.

JUANA. Qué quieres? la costumbre. No puedo estar sin hacer algo... Por eso te ayudaba á limpiar: ademas esta sala nos pertenece y... Don Pedro no ha vuelto aun? Si habrá encontrado caballeria para volver á Madrid... Ah! Hétele aquí... no quiero que me vea. Bien dije yo, que pronto volveria. (*Vase.*)

ESCENA II.

JUANA.—DON PEDRO, *desesperado.*

PEDRO. Nada! no encuentro medio de transporte; ni carro, ni caballo... no hay mas que el jumento de mi tio, para alquilar en toda la ciudad... y ese no quiero pedírselo... aunque no sea mas que por el parentesco...

JUANA. Con el burro!

PEDRO. No, con mi tio... tendrá el pienso de sobra...

JUANA. El tio?

PEDRO. No: el burro de mi tio.

JUANA. Con que se queda usted por fin?

PEDRO. Por fuerza... (Si pudiese sonsacar á esta chica...) Mira, Juanita, sácame una peseta del bolsillo izquierdo del chaleco... yo no puedo... tengo las manos ocupadas... (*Abrazándola.*)

JUANA. Otra vez?... (*Sacándola.*) Aquí está.

PEDRO. Muy bien, gracias: ahora responde. Qué sabes tú de la señora de Traga-platos?

JUANA. Sé... que es la mujer de don Blas Traga-platos.

PEDRO. Pues me has sacado de una duda... Mira, Juanita, saca otra peseta del bolsillo derecho del chaleco... (*La abraza.*) Tengo las manos ocupadas.

JUANA. Aquí está... (Ya son dos!)

PEDRO. Vamos, dime: qué casta de pájaro es ese señor Traga-platos?

JUANA. Oh! es un pájaro muy gordo... muy comilon... que siempre está disputando con su mujer... pobre-cilla! Debe ser muy desgraciada!

PEDRO. Por qué supones?...

JUANA. Por qué? porque han pedido dos habitaciones...

- PEDRO. (Hola! hola!) Sigue, sigue.
- JUANA. Se dice que viven separados... que él es muy malo... y que ella... no es buena!...
- PEDRO. Ah!
- JUANA. Yo creo aquí *inter nos*, que la señora se alegraría de ver á su marido...
- PEDRO. Cómo?
- JUANA. *Ad patres!* para volver á casarse.
- PEDRO. (*Asustado.*) Silencio! (*Ad patres!*... Esta chica ha reasumido la situación en esa sola palabra.) Escucha Juana, si don Blas te pide agua, responde:—no ha venido el aguador; si te pide vino, di:—no hay.— En fin, en nombre de la humanidad te mando que no le des de comer ni de beber.
- JUANA. Pero, por qué?
- PEDRO. Por qué?... No puedo decírtelo... Solo te repito en nombre de la humanidad, que no des de beber ni de comer á don Blas Traga-platos, ó teme ir al presidio modelo de Alcalá.
- JUANA. Yo!!
- PEDRO. O á la Casa-galera: es igual.
- JUANA. Dios mío!... pero por qué?...
- PEDRO. No puedo decirte mas...
- JUANA. Pero el pobre don Blas!... Ya me da lástima!— Y si tiene hambre, y me manda que le dé...
- PEDRO. Nada, absolutamente nada.— Ah! sí, puedes darle... huevos cocidos, (los huevos no pueden envenenarse...) todos los que quiera... pero nada mas... huevos duros... muchos huevos duros; pero nada de agua.
- JUANA. Se atragantará...
- PEDRO. Que se ahogue... no importa... es para salvarle la vida.
- JUANA. Vaya, vaya: yo...
- PEDRO. Qué es eso? rehusas obedecerme? pues te pensaré... pasarás el resto de tu vida hilando...
- JUANA. Pero no ve usted que don Blas es un buen parroquiano... y que voy á desacreditar la fonda...
- PEDRO. Sí? Pues mete las dos pesetas en cualquiera de los bolsillos de mi chaleco.
- JUANA. Yo... lo que es por esta vez... (*Vase corriendo.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Muchacha!... Pues, señor, se fué... ya me las cobraré... No pensemos ahora mas que en mi crítica situacion.—Es mas terrible de lo que parece. No veo mas que un horizonte cargado de nubarrones lúgubres... Por un lado ese marido tan insoportable como su apellido... Por otro esa pasion insensata... que comenzó por un buey, y que puede acabar por un... esto es grave... muy grave... y decididamente voy á tomar un asiento de cupé para volverme á Madrid!... (*Va á salir y se detiene.*) Pero... Debo marcharme sin advertir á ese desgraciado el crimen que se proyecta, y en el que juega su cabeza?... No: debo advertirle... pero... cómo?... ah! dos letras... (*Escribe en una hoja de su cartera.*) Sí, debo decirle: »Desgraciado: atentan á vuestra » vida; si quereis conservarla no bebais... no » comais... no durmais... Velad... porque otra » espada de Damócles, pesa sobre vuestra ca- » beza.» Firmo.—»Un amigo de la humanidad!» —Ea, ya está; pero, cómo haré llegar este papel á sus manos?... Ah! (*Viéndolas.*) Las pruebas de su discurso ó profesion de fé... ¿Por fuerza las tendrá que corregir al momento.

ESCENA IV.

DON PEDRO.—DON BLAS.

(*Al salir don Pedro, entra don Blas con mucha alegría riendo y palmoteando.*)

BLAS. Viva! viva! Soy un hombre grande. Qué efecto ha hecho mi discurso!... Qué aplausos me han dado!... Sobre todo cuando dije aquello en griego... aquello que copié del libro... (*Rie á carcajadas.*) Já! já! já!!

- PEDRO. Don Blas!... (*Con tono profético.*) Quien el lunes ríe, el domingo llora!...
- BLAS. (*Dándose golpecitos en la barriga.*) Eh! Qué quiere decir...
- PEDRO. (*Aparte observándole atentamente.*) (No tiene contestura de tísico.) Don Blas. Cómo está usted?
- BLAS. Yo? Bien para servir á usted.
- PEDRO. (*Admirado.*) Se siente usted bueno!
- BLAS. Y con buenas ganas: escuche usted lo que he comido en la sala de abajo, para reponerme de la fatiga de mi discurso...

CANTO.

Tres tazas de rica sopa,
cinco platos de puchero,
media pierna de carnero
y seis libras de jamon;
medio cenacho de setas,
medio pavo, una gallina,
un perol de jaletina
y entero todo un jamon.
Con seis cuartillos
del de Aragon.

- PEDRO. Jesus! qué bruto!
Venga la unción.
Ah! entonces veo que usted acepta mi proposición.
- BLAS. Qué proposición?
- PEDRO. La que hice á don Judas. Mi voto para usted, si rebienta antes de veinte y cuatro horas!...
- BLAS. Canastos! No señor, yo no quiero rebentar... rebiente usted y toda su... Yo quiero vivir muchos años, y viviré... Si señor, yo no me muerdo en toda mi vida.
- PEDRO. Infeliz! No diga usted eso.
- BLAS. Pero, por qué?
- PEDRO. No puedo decirlo! (*Proféticamente.*) Adios, don Blas; quiera el cielo que usted viva muchos años... lo deseo... (*Con misterio.*) pero no lo espero...

- BLAS. Cielos! Qué quiere decir? (Tratarán de matarme mis enemigos políticos!) (*Con temor.*) Hable usted, caballero... Lo que usted ha dicho á don Judas, es grave.... muy grave... y si me sucede algo, si me muero ó me matan, mi voz acusará á usted, despues... antes los tribunales, como autor de mi desgracia.
- PEDRO. A mí!... no: yo nada sé.
- BLAS. Usted sabe algo.
- PEDRO. (*Casi llorando y abrazándole.*) No. Adios, señor don Blas... Adios!... Ya no nos volveremos á ver; pero ahora mismo voy á votar por usted; yo cumplo mi palabra... y esto será un consuelo para sus maues de usted... (*Despidiéndose exageradamente.*) Adios, pobre don Blas, adios para siempre... (Percibo en su rostro todos los síntomas que la homeopatía describe como signos característicos del estertor.) Pero por Dios, amigo mio... corrija usted esas pruebas... dese usted prisa á corregir esas pruebas...

ESCENA V.

DON BLAS.—*Despues* DON JUDAS.

- BLAS. Mis pruebas!... mis pruebas!... ese hombre está loco. Qué tiene él que ver con mis pruebas?
- JUDAS. (*Entrando azorado y con el sombrero puesto.*) Mil millones de demonios.
- BLAS. Qué es eso, amigo mio?
- JUDAS. Friolera!... la eleccion de usted va á fracasar... estamos perdidos.
- BLAS. (*Espantado.*) Qué dice usted!... Qué hay?
- JUDAS. Hay... que usted tiene la culpa por su bestialidad... no, perdone usted... por su estupidez... digo... por su glotonería... usted ha aceptado la invitacion que le ha hecho el síndico de ir á comer con él dentro de una hora...
- BLAS. Ya no me acordaba: me alegro, porque me siento con apetito.

JUDAS. Pues bien, el sindico es el vinatero mas rico de Guadalajara... ha convidado á todos los de su gremio, y en cuanto lo han sabido los tejedores á quienes no se ha invitado, han vuelto á votar todos por su contriucante de usted, por don Pantaleon.

BLAS. Diab!o!... Pues estamos frescos! Y qué hacemos?

JUDAS. Todo se ha perdido.

BLAS. Ah! una idea! magnífica!... No iré á comer con los vinateros, y así me votarán los tejedores.

JUDAS. Tan malo es el remedio como la enfermedad.

BLAS. Por qué?

JUDAS. Porque entonces se creerán desairados los vinateros: y si lo votan á usted los tejedores, le repulsarán los vinateros; y si vá usted á comer con los vinateros, no le votarán los tejedores.

BLAS. (*Aturdido.*) Pues esta es buena! Y qué hacemos?...

JUDAS. Silencio. (*Como inspirado.*) Hay un medio de salvar á usted y quedar bien con todos.

BLAS. Diga usted, diga usted.

JUDAS. Chist... yo evitaré la derrota de usted... (*Llamando.*) Juana, Juana! (*A Juana que se presenta.*) Una taza de té.

BLAS. (*Asombrado.*) Una taza de té...

JUDAS. Silencio. Voy á decir á los vinateros que se ha puesto usted muy malo... que se ha atracado de setas, y que no puede ir á comer con el sindico... De esta manera los vinateros le dispensarán á usted, y los tejedores verán que no asiste á la comida.

BLAS. Ah! mi buen don Judas!... Hombre, es usted el primer Judas bueno que ha habido en el mundo! (*Abrazándolo.*)

JUDAS. Bien, bien; pero no perdamos tiempo: es preciso que finja usted estar muy malo.

BLAS. Ya, ya entiendo.

JUDAS. (*Llamando.*) A ver, la bata de don Blas... (*A Anita que sale.*) Vamos... la bata de don Blas... el gorro...

ANITA. (*Asustada.*) Dios mio! qué sucede?

- JUDAS. Vamos... la bata... el gorro de don Blas, que está muy malo...
ANITA. Dios mio... voy...

ESCENA VI.

DON BLAS.—DON JUDAS.—ANITA, *que vuelve á salir con la bata y el gorro de don Blas.*

- JUDAS. (*A Anita.*) No tenga usted cuidado... no es mas que un cólico de setas. (*Anita pone á don Blas la bata y el gorro.*)
ANITA. Setas!... Ay Dios!... Setas!!..
JUDAS. Voy á decir á todo el mundo la enfermedad de don Blas. Pronto vuelvo.

ESCENA VII.

DON BLAS. ANITA.—*Despues DON PEDRO.*

- BLAS. Dime, hija, estoy muy desencajado?
ANITA. Si señor.
BLAS. Caramba!... Si estaré malo de veras!
ANITA. Qué siente usted!
BLAS. Así... unos calofrios... me alegro de estar pálido...
ANITA. Qué le duele á usted?
BLAS. (*Llevándose la mano al cogote.*) El bazo. Já!.. ja!.. já!..
ANITA. Le duele á usted tanto y se rie?
BLAS. Calla, tonta: esto es un entablillamiento electoral. (*Se sienta cerca de la chimenea.*)
ANITA. (*Mirando á don Blas y riéndose.*) Qué feo esta usted con ese gorro. Já!.. já!.. já!..
PEDRO. (*Entrando.*) Ya no hay billetes en la diligencia... por vida!.. tendré que quedarme aquí hasta mañana.
BLAS. (*Metiéndose el gorro hasta las cejas.*) (El elector!)
PEDRO. (*Viendo á Anita que se rie.*) Qué tiene usted, señora?

- ANITA. Yo... nada. Es don Blas que está muy malo...
Já!.. ja!..
- PEDRO. (*Absorto.*) Y se rie! Señora... Usted se rie?
- BLAS. (*Quejándose y haciendo contorsiones.*) Ay! ay!
Hem... hum... ay!..
- PEDRO. (*Ap. con horror.*) Uf.., qué horror! Esto es que
ya ha empezado el envenenamiento... Pobrecillo!.. Infeliz!.. (*Alto y dirigiéndose á don Blas.*)
Qué es eso, amigo don Blas? Qué siente usted?
Quiere usted un globulito de ácido prúsico en
tercera dilucion?
- BLAS. (*Fingiendo desfallecimiento.*) No, esto no será
nada: es que me han hecho daño unas pocas setas
que he comido.
- PEDRO. (*Asustado.*) Setas! y ahora recuerdo, medio ce-
nacho!!
- BLAS. Por eso no puedo ir á la casa del síndico.
- PEDRO. (*Con intencion y lástima.*) Desgraciado! Por qué
no ha corregido usted las pruebas!...
- BLAS. Qué demonio de pruebas! qué tienen esas prue-
bas?
- PEDRO. (*¡Bajo á Anita, reconviéndola con horror.*)
Setas! Ah! señora Tragaplatos!

CANTO.

- Ay, ay, ay, ay don Blas
Ay que se muere usted:
Mas no tenga cuidado
que yo le rezaré.
Ay, ay, ay que se muere
Ay, ay pobre don Blas.
- BLAS. Antes ciego te quedes,
hemeópata infernal.
- ANITA. No lo permita el cielo,
que entonces pierdo el chal.

ESCENA VIII.

Dichos.—JUANA, con una tetera que deja sobre la mesa.

- JUANA. Señor, aquí tiene usted agua caliente; en cuanto
al té no le hay en casa.

- ANITA. No importa.—Yo llevo té en mi saco de noche: siempre que viajo...
- JUANA. (*Mirando á don Blas.*) Pobre hombre! (*Bajo á Anita.*) Voy á buscar al médico ó la unción?
- ANITA. No: vete. (*Se va Juana.*)
- PEDRO. No quiere que venga otro médico! No me ha dicho siquiera que le pulse!... es claro. (*A Anita que está buscando el té en el saco.*) Ah, señora! Señora!...
- ANITA. (*Impaciente.*) Eh! Ayúdeme usted á encontrar la cajita donde tengo el té.
- PEDRO. (*Suplicando con emocion bajo á Anita.*) Señora, suplico á usted en nombre de la humanidad, en nombre de los tres hijos internos del colegio pirotécnico... (*Encontrando un libro en el saco.*) Ah! Usted lee... libros románticos?... «La Marquesa de Brinvilliers! (*Espantado.*) Horror!
- ANITA. Silencio, por Dios... sobre todo delante de él. (*Encuentra la caja del té y se dirige al fondo, donde está la tetera con agua.*)
- PEDRO. (*Ap. con el libro en la mano.*) Qué tiene de extraño lo que aquí pasa? »Dime lo que lees, te diré quien eres.»
- BLAS. (*Que se ha quedado medio dormido, bostezando.*) Ah! Uf!... Qué es eso?
- PEDRO. Nada, nada. (*Leyendo.*) «Era blanca y hermosa.» (*Mirando á Anita.*) Como ella!—«Era de mirada seductora.»—Como ella!—«Su figura »era simpática, y respiraba inocencia... y sin »embargo, envenenó á su marido en una taza »de té.» (*En este momento baja Anita con la taza de té, y se la presenta á don Blas.*) Ah! Horror!
- ANITA. (*A don Blas con dulzura.*) Amigo mio, aqui tienes el té.
- PEDRO. (*Con situacion inspirada, horrorizado y aparte.*) Dios de bondad!!!
- BLAS. Bien, Anita mia, llévate mi levita. (*Anita recoge la levita, y se va por el foro. Don Blas bebe el té: Don Pedro se arroja de pronto á quitarle la taza.*)
- PEDRO. No beba usted, desgraciado; no beba usted...
- BLAS. Eh!... qué... qué dice usted?...

- PEDRO. (*Ap. horrorizado.*) Ha bebido!... Ha bebido! Infeliz!... No habrá creído bastante las setas, las mortíferas setas, y tal vez ha echado arsénico en el té! (*Se pasea á grandes pasos por toda la escena.*)
- BLAS. (*Admirado.*) Pero, señor, qué tendrá este hombre que tanto gesticula?
- PEDRO. Yo no debo consentir... no... Voy á darle tres libras de acetato de morfina para neutralizar los efectos del veneno... pero no: (*Reparando en la taza del té.*) mejor es, por el pronto, esta leche.
- BLAS. (*Tomando las pruebas y reparando en el billete de don Pedro.*) Qué es esto? (*Lee.*) «Señor don Blas, atentan á vuestra vida. No comais, no bebais nada...»
- PEDRO. (*Presentándole la taza de leche.*) Señor don Blas... beba usted, beba usted esto al momento.
- BLAS. (*Dando un salto.*) Asesino!
- PEDRO. (*Con solemnidad.*) Pronto, pronto, beba usted.
- BLAS. Malvado! Ese brevage está envenenado!...
- PEDRO. Envenenado!... Qué dice? Ah! Imbécil!... (*Bebiendo.*) Mire usted, yo bebo!... Lo ve usted?... Yo bebo!... Voto á... (*Mirando la taza.*) Me lo he bebido todo. No ha quedado nada para usted.
- BLAS. (*Azorado.*) Pero, Dios mio!... Qué significa este aviso?... (*Señalando al papel.*)
- PEDRO. (*Con satisfaccion.*) Yo... yo lo he escrito.
- BLAS. (*Creyéndose envenenado y con desesperacion.*) Ah! ya lo comprendo todo. Esto es una intriga, una venganza electoral... (*Cambiando de tono.*) ó quizás usted quiera intimidarme... Sí, usted quiere intimidarme!... Já!... Já!... Já!...
- PEDRO. Y se rie!... Caballero, el tiempo que gasta usted en reirse debiera emplearlo... en beber leche.
- BLAS. Para qué?
- PEDRO. Y me pregunta para qué!...—Para desvenenarse... para curarse...
- BLAS. Eh?—Yo no estoy malo.
- PEDRO. Infeliz! Dice que no está malo, y se ha bebido la mitad del té.
- BLAS. El té?
- PEDRO. (*Cogiendo la taza.*) Oh! qué idea!... El boticario es amigo mio, á pesar de que yo soy homeó-

pata: vive ahí enfrente, y voy á hacer que analice este brevage mortuorio... digo, mortífero.
(*Vase con la taza del té.*)

ESCENA IX.

DON BLAS.—*Luego* DON JUDAS.—*Despues* ANITA.

- BLAS. Y se lleva la taza que no es mia! Sin duda este hombre está loco!
- JUDAS. (*Entrando y tirando el sombrero.*) Victoria! Victoria!
- BLAS. Qué es eso?
- JUDAS. Ya es usted concejal.
- BLAS. (*Tira la bata y baila.*) De veras?
- JUDAS. Por un solo voto, uno mas que su contrincante, gracias al médico *oleópata*.
- BLAS. No entiendo...
- JUDAS. Es igual: vamos, vistase usted al momento.
- BLAS. Para qué?
- JUDAS. Para recibir á los electores que vienen á dar á usted la enhorabuena.
- BLAS. Cómo!... Vienen ellos mismos personalmente... á cumplimentarme? Ana! Ana!... Mi levita! Pobrecitos... Les haré el puente colgante... (ó se quedarán colgados)... Y dígame usted, don Judas, qué quiere usted que les diga?
- JUDAS. Dígales usted lo mismo que esta mañana...
- BLAS. Tiene usted razon; bien pueden oír mi discurso dos veces.
- ANITA. Aquí tiene usted su levita...
- BLAS. Ah! mi querida Anita... No sabes lo que pasa? Pobrecita! Ya he logrado mi objeto... Ya soy concejal... estoy tan contento que te ofrezco comprar un chal.
- ANITA. (*Ya son cuatro.*)
- BLAS. Sí, un chal lo menos de tres ó cuatro mil reales.
- ANITA. Yo quisiera mejor un marido, aunque sea de tres al cuarto, tío mio!
- BLAS. De veras! pues te buscaremos uno...
- ANITA. No se canse usted, tío... Si ya lo he encontrado.
- BLAS. Cómo! Estás ya casada?

- ANITA. No señor: quiero decir que ya he hallado un hombre que desea ser marido.
- BLAS. Pues has hallado un fenómeno. Y quién es?
- ANITA. Un buen mozo.
- BLAS. Eso para vosotras siempre es lo primero...
- ANITA. No señor, no es el primero.
- BLAS. Chica, qué has dicho?
- ANITA. Digo que no es el primer novio que he tenido... pero es tan bueno, tan amable!...
- BLAS. Bien, bien: ya me lo presentarás cuando yo vuelva... entre tanto, Anita, sabe que nos hemos divorciado: se acabó la farsa, ya eres libre, ya eres viuda.
- ANITA. Viuda! Qué felicidad!
- BLAS. Muchas conozco yo que dirían lo mismo. (*Toca la murga el himno de Riego, muy mal.*)
- JUDAS. (*A la ventana.*) Ya están ahí!... ya están ahí!
- BLAS. Quiénes?
- JUDAS. Los electores! Vamos... saludad, y decidles algo. (*Don Blas vá á la ventana: gritos de vivas y música.*)
- BLAS. Callad, brutos, que voy á hablar.
- DENTRO. Viva! viva!
- BLAS. Chit!... Chit! (*Pausa, tóse para prepararse: pausa y dice despues.*) Amados oyentes míos... Por todo lo espuesto... (*A don Judas, que coje las pruebas y le dice bajo.*) Apúnteme usted.
- JUDAS. »El puente colgante será para vosotros.»
- BLAS. El puente colgante será para vosotros.
- JUDAS. (*Vuelve la hoja y lee la nota de don Pedro.*) »No comais, no bebais.»
- BLAS. No comais... no bebais... no... demonio!... que me está usted diciendo? Eh! Por todo lo espuesto esta mañana comprendereis mis sentimientos.... y.... ante todo conviene que sepais... porque yo no puedo... ni he podido... ni... podré aun cuando yo... mi lealtad y mis deseos... (*Muy deprisa para acabar.*) No son ni pueden ser otros... por todos los siglos de los siglos.
- JUDAS. (Amen.)
- BLAS. Sí, hijos, para mejor explicaros mis sentimientos, esperad un momento, y bebed, bebed á mi salud. (*Música dentro.*)

ESCENA X.

ANITA.—*Despues DON PEDRO, con una taza de té.*

- ANITA. (*Contenta.*) Ya soy libre! libre! Ah! Ahora no me llamará la señora Traga-platos, sino Anita. Pobre hombre! Cuanto ha debido sufrir al creermecasada!... cuanta va á ser ahora su alegría!... ah! (*Ve á don Pedro.*) Héle aquí. (*Don Pedro entra muy triste y espantado, con el sombrero sobre los ojos y la taza en la mano.*)
- PEDRO. (*Ya he hecho analizar esta bebida por el mas entendido y único boticario de Guadalajara... y ha encontrado veinte y tres granos de hidro-cloro-sudo-sulfo-fósforo-potassium... potassium!*)
- ANITA. (*Qué tendrá! Qué aspecto tan triste!*)
- PEDRO. (*Viendo á Anita y retrocediendo.*) Lucrecia Borgia.
- ANITA. Eh? Qué tiene usted, amigo?
- PEDRO. (*Con misterio enseñando la taza cómicamente.*) Que qué tengo? Hidro-cloro-sudo-sulfo-fósforo-potassium!
- ANITA. (*Con candidez.*) Y quién es ese señor de apellido tan largo?
- PEDRO. Potassium!
- ANITA. Dios mio! Se ha vuelto usted loco?
- PEDRO. Potassium!
- ANITA. No hay mas! Se ha vuelto loco! Infeliz! Cuando yo me disponía á participarle su dicha, á llenarle de felicidad... Pobrecito!... (*Don Pedro la mira con horror y ella se acerca con precaucion.*) Amigo mio, no me mire usted así...
- PEDRO. Potassium!
- ANITA. Yo que venia á dar á usted una buena noticia...
- PEDRO. Una noticia!... Cual?
- ANITA. (*Alegre.*) Ya estoy libre.
- PEDRO. Libre? (*Con ansiedad.*) Y... su marido de usted?
- ANITA. Ya no tengo marido... ya soy viuda.
- PEDRO. (*Grita y deja caer la taza.*) Viuda!! Ya murió el viejo! Dios le haya perdonado! Padre nuestro...
- ANITA. Y bien, no me dá usted la enhorabuena?
- PEDRO. Desgraciada!! Adónde te han conducido tus románticas ideas!!

ANITA. Y me tutea!...

PEDRO. Yo te amaba, sí, te amaba; pero este crimen levanta entre nosotros una muralla como la de la China; sí, tú eres para mí un tártaro. Te abandono á tus remordimientos, moderna Lucrecia Borgia... María del Castillo!

ANITA. Pero, señor, qué tiene este hombre? Señor don Pedro, es así como me trata usted? Usted, que me ha salvado del furor de un toro de Jarama?

PEDRO. No, no señora: no era un toro del Jarama: era... un buey de Torrejon... sí, un pacífico buey...

ANITA. Cómo!

PEDRO. Ahora ya puedo decirlo... (*Aclamaciones confusas dentro.*) Silencio! Oigo... sí, el populacho vendrá á pedir la cabeza de usted como pidió la de la Castillo! Huya usted. (*A la ventana.*)

ANITA. Huir yo!! y por qué? (*Murmullos.*)

PEDRO. Tenga usted, tenga usted mi gabán, disfrácese usted con mi gabán; librese usted de la venganza pública. (*Don Blas aparece al foro.*) Él!! (*Retrocede.*)

ESCENA XI.

Dichos.—DON BLAS.—DON JUDAS.

BLAS. (*Con satisfaccion.*) Oh! qué entusiasmo: qué ovacion!

CANTO.

Palmadas y bravos,
y vítores mil,
y vivas sin cuento
acabo de oír.
Palmadas, palmadas,
y vivas sin fin.

Pero qué entusiasmo, hija mia! querian tirar de mi coche... pero como venia á pié no han podido engancharse.

PEDRO. Pero Dios mio! será cierto? (*Le toca la barriga.*)

BLAS. Estése usted quieto, hombre, que me duele.

PEDRO. Y á usted que le importa?

- BLAS. Cómo que no me...
- PEDRO. Es claro; cuando uno se muere los vivos dicen: ya no le duele nada. Usted ha muerto, aunque...
- BLAS. Está usted loco? Vaya, que tiene usted gracia.
- PEDRO. Será verdad! (*Le toca otra vez.*) Estará usted vivo... Si, se menea, y anda á pesar del potasium. (*Le empuja gritando.*) Necio! estúpido, bestia, animal...
- BLAS. (*Incomodado.*) Eh?
- PEDRO. Es á mí: sí, á mí, bruto, salvaje, que he creído...
- BLAS. Pero qué es esto, Anita?
- ANITA. Yo no sé, mi querido tío.
- PEDRO. Su tío! su... á ver, á ver...
- BLAS. Este hombre está tocado, sobrina.
- PEDRO. Su sobrina!!
- BLAS. Si señor, mi sobrina, y qué tenemos? Ya soy concejal; ya se acabó la farsa, ya no tengo necesidad de hacerla pasar por mi mujer.
- PEDRO. Cómo! Usted! Esta señorita es... y usted, caballero, era... y yo... necio de mí, seré...
- ANITA. No, caballero, no, usted no será... no puede ser mi marido, usted está loco, sin duda alguna.
- PEDRO. Ay, señorita. Sí, ahora lo conozco... he estado loco... pero el amor, los celos... á quién no hacen perder la razón? Yo la quiero á usted mucho, de veras, y...
- BLAS. Ah! es este caballero el marido, digo, el novio que digiste?...
- ANITA. (*Con rubor.*) Sí, tío mio, en el viaje el señor me ha defendido de un buey de Torrejón.
- PEDRO. No, no; de un toro de Jarama: puede usted enterarse...
- BLAS. En buen hora; gracias por ella, y por el toro... digo, por ella y por mí.
- PEDRO. Señor don Blas, su sobrina de usted es un conjunto de virtudes y perfecciones.
- ANITA. (*A don Blas.*) Ya recobra la razón.
- PEDRO. Y tengo el honor de pedir á usted la mano de esta señorita.
- BLAS. (*Con aire de autoridad y sin sombrero.*) Caballero, usted me ha dado su voto, y si desca

- alguna colocacion, algun empleo...
- PEDRO. *(Coge el sombrero de don Blas y toma una posicion oficial.)* Caballero, Yo deseo el empleo de... emplearme en ser su sobrino de usted. *(Don Blas mira á Anita que dice sí.)*
- BLAS. Pues bien, candidato, hé aquí mi bola blanca. *(Tomando la mano de Anita.)* Esta es mi respuesta.
- PEDRO. Ah! qué feliz soy.
- ANITA. Yo tambien.
- JUDAS. *(Acercándose á don Blas.)* Y mi empleo de inspector de faroles?
- BLAS. No hay nada de lo dicho, no hay mus.
- JUDAS. Conque á ese...
- BLAS. Ese es un hombre de bien, y usted un intrigante... un hombre venal! un Judas. Quítese usted el sombrero, y váyase á pasear.

CANTO.

- ANITA. Para celebrar la boda,
aun nos falta una dispensa
y es que el público indulgente
dos palmadas nos conceda.
- TODOS. Viva la boda,
viva el bureo,
la noche toda
siga el jaleo.

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 26 de Noviembre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.



POLIZA N. 13.824

